

COMO HE CAZADO VIVOS LOS ANIMALES SALVAJES

Boo, el elefante bebé



En el presente artículo nos relata Frank Buck, el notable cazador de animales salvajes, las particularidades de un pequeño elefante, que luego resultó un buen elemento en la pantalla.

HALLADONOS en Singapore recibí un telegrama de Estados Unidos en el que un antiguo cliente mío me notificaba su deseo de adquirir un elefante que no midiera más de noventa centímetros de alto; un elefante "bebé", por supuesto, para hacerlo actuar en el cinematógrafo. Esto, que a simple vista parecía sencillo, no lo era en verdad tanto, si se considera que se me pedía un ejemplar más bajo de estatura que cualquiera de los que había en los Estados Unidos. Viajé por gran parte de Asia cazando y comprando otros animales que me eran necesarios, pero en ninguna parte podía encontrar tan pequeño ejemplar. Varios fueron los que encontré midiendo un metro o un metro y veinte, pero ninguno inferior a noventa centímetros. Luego de varios meses de inútil búsqueda y ya en Sumatra hallé de una manera casual lo que tanto necesitaba. Un vendedor a quien acababa de comprar, o mejor dicho, de cambiar medio kilo de tabaco por un magnífico ejemplar de lagarto, me notificó que conocía a un mercader poseedor del ejemplar que yo necesitaba. Decidí aprovechar la oportunidad que tan inopinadamente se presentaba y partí con mi fiel sirviente Alí hacia la villa donde el animal se hallaba, distante unas quince millas de Sumatra. El nativo me había dicho que el elefante aquél tenía aún el cuerpo cubierto de pelo. Esto era buen signo, pues como se sabe, ese animal, al nacer, presenta tal característica, desapareciéndole el pelo a medida que crece.

Después de un viaje de cuatro horas llegamos a nuestro destino. El nativo nos condujo a una pequeña granja donde, según decía, se hallaba el animal. En efecto, atado con una delgada sogá al cuello pude ver el ejemplar de elefante más pequeño de mi vida. Con el metro, que había llevado ex profeso, lo medí. Al animalito aquel le faltaban aún dos centímetros y medio para llegar a los noventa, que, como he dicho ya, era la medida máxima requerida por mi cliente.

En verdad que la figura del pobre animal no podía ser más desastrosa. Delgado, hambriento, parecía apenas poder sostenerse sobre sus patas. Comprendí que sus dueños no habían sabido alimentarlo y ello no me extrañó, pues dar de co-

Un artículo de FRANK BUCK

mer a un elefante recién nacido no es tarea fácil. Supuse entonces que su vendedor se hallaría ansioso por deshacerse de él antes de que se le muriera, y decidí sacar provecho de tal situación. Después de una breve discusión sobre el precio, lo compré por una cantidad que no era ni la centésima parte de lo que mi cliente me pagaría por él. Corría, sin embargo, el riesgo de que muriera pronto, que tal era el estado de debilitamiento en que el pobre animal se encontraba. Pero tenía fe en mis conocimientos adquiridos a través de mis largos años transcurridos con la ocupación de llevar a mi país animales vivos y en perfecto estado de salud. Al convertirme en dueño de aquel "bebé", comencé mi problema. Hacerle ingerir algún alimento era lo que sin pérdida de tiempo debía hacer. Envié a Alí en busca de una cabra. La trajo, y, rápidamente, la ordeñó. Traté de verter leche en la garganta del paquidermo, pero me era imposible hacerle abrir sus mandíbulas. Una o dos veces logré separarlas un poco, pero antes de que pudiera servirle el líquido las volvía a cerrar. Ideé cinco o seis planes para alimentarlo, pero ninguno me resultó efectivo. Al fin acudí a mi mente una idea que me pareció muy buena e inmediatamente la puse en práctica. Una pequeña caña que Alí me trajo resolvió el problema. Corté un pedazo de treinta centímetros aproximadamente, dejando tan sólo una de sus junturas para que formara el fondo. Como se comprenderá, mi intención era utilizar esta caña como "tubo alimentador". Suavicé en lo posible su parte

exterior para que no dañara la boca del animal y comencé mi tarea. Mientras tanto, Alí había cocinado una pequeña cantidad de arroz en agua. Cuando todo estuvo listo, mezclé el arroz con la leche de cabra y obtuve así un alimento nutritivo. Llené el tubo casi hasta el borde y mientras Alí, colocado debajo del elefante, lo levantaba con sus hombros hasta hacer que se parara en sus patas traseras, traté de introducir la caña entre sus apretadas mandíbulas. Pasaron varios minutos antes de que lograra mi propósito, pero al fin

tuve éxito. Cuando la comida estuvo en su boca el "bebé" se negaba a tragarla, reteniéndola indeciso. La segunda operación fué un poco menos dificultosa que la primera. En total, el paquidermo tuvo, aunque de mala gana, que tragarse tres tubos llenos de aquel alimento. Una hora después lo acosté tapándolo con algunas mantas viejas. A la mañana siguiente ya no me pareció que se hallaba en tan malas condiciones. Le di su desayuno repitiendo la operación anterior, pero esta vez no tuve que hacer esfuerzo alguno. Pocas horas después lo transporté a Singapore. No era ya difícil alimentarlo, pues la caña cumplió su cometido magníficamente. Tan pronto como hube llegado, telegrafí a mi comprador en Los Angeles, notificándole mi adquisición. Di al elefante en miniatura un alojamiento especial y una semana después se había

acostumbrado tanto a alimentarse de esa manera que cada vez que me veía con la caña en la mano me seguía afanoso. Cuando estuve listo para regresar a los Estados Unidos, "Boo", que tal era el nombre que yo le había puesto, se hallaba en espléndidas condiciones de salud y lleno de vida. A bordo, la tripulación le cobró gran afecto. Diariamente lo hacía pasear por la cu-



Dócil, satisfecho de la vida e inteligente, "Boo", el elefante bebé, era una excepción entre los individuos de su raza. Como que hasta llegó a ser un buen "astro de la cinematografía".



(Continúa en la página 15)